



www.loqueleo.com/es

© Textos originales: Richmal Ashbee
© Adaptación de los textos originales: 1986-98, Martin Jarvis
© De las ilustraciones: 1999, Tony Ross
© De la traducción: Atalaire
© De esta edición:
2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.
Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)
Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-112-8
Depósito legal: M-37.562-2015
Printed in Spain - Impreso en España

Cuarta edición: julio de 2019
Más de 12 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:
Maite Malagón
Editora ejecutiva:
Yolanda Caja
Dirección de arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Guillermo el travieso

Richmal Crompton

Adaptado por Martin Jarvis

Ilustraciones de Tony Ross

loquele^o

Querido lector:

Ola. Soy Guillermo Brown. Seguro que aS oido hablar de mi y de mi perro Jumble. Somos mui famosos por las abenturas que bivimos yo y mis amigos Los Proscritos.

Yo y Los Proscritos no nos ablamos con nuestras familias porque no nos comprenden. sobre todo mi ermano mallor Robert y mi odiosa ermana Ethel que es terrible. Y mis padres no tienen corazon. Fijate mi padre me quita la paga sin razon y mi madre no me deja tener ni ratones ni nada de mascota.

Es mui duro ser un Proscrito y tener abenturas cuando nadie te comprende, te lo aseguro.

Si quieres conocerme mejor puedes leer esta nueva coleccion con todas mis abenturas favoritas. Espero que te diviertas con ellas.

Sinceramente tuyo

Guillermo Brown

El cumpleaños de Guillermo

Era el cumpleaños de Guillermo, pero, a pesar de eso, estaba triste y apenado. No tenía a Jumble, su querido perro callejero, y un cumpleaños sin Jumble era, a los ojos de Guillermo, una burda farsa de cumpleaños.

Jumble se había herido una pata en una trampa para conejos y le habían curado en casa, hasta que los bienintencionados pero erróneos servicios de Guillermo dieron pie a que el veterinario aconsejara el traslado de Jumble a su propio establecimiento.

Guillermo había protestado indignado, pero la familia se mostró inflexible. Y cuando se mencionó por primera vez la cuestión

de la fiesta de cumpleaños, las espadas aún seguían en alto por ambas partes.

—Me gustaría un perro como regalo de cumpleaños —dijo Guillermo.

—Ya tienes un perro —dijo su madre.

10 —No lo tendré cuando tú y ese hombre lo hayáis matado entre los dos —dijo Guillermo—. Le pone las vendas tan apretadas que los cálculos le dejan de correr y eso es igual que estrangularlos.



—¡Tonterías, Guillermo!

—Pues yo quiero un perro como regalo de cumpleaños. Me pone enfermo no tener un perro. Quiero otro perro. Quiero dos perros más.

—¡Tonterías! Por supuesto que no puedes tener otro perro.

—He dicho dos perros más.

—No puedes tener dos perros más.

—Bueno, de todas maneras, no voy a ir a clase de baile en mi cumpleaños.

La clase de baile era por aquel entonces la ruina de la vida de Guillermo. Tenía lugar los miércoles por la tarde —media fiesta para Guillermo— y era un sufrimiento permanente que le sacaba de quicio.

Deseaba que llegase su cumpleaños más que nada porque suponía que le darían vacaciones de clase de baile. Pero resultó que también en eso el Destino le era adverso.

Claro que iría a clase de baile, dijo la señora Brown. No era más que una hora, además, era un curso muy caro, y ella se había prometido que no faltaría ni un solo día porque la señora Beauchamp había dicho que él era muy lento y torpe y no había sido ella la que había querido tomarlo como alumno.

A Guillermo le pareció que esto era seguramente lo peor que podía sucederle. Pero no fue así. Cuando se enteró de que el señor Dewar, el admirador de Ethel, vendría a tomar el té por su cumpleaños, su indignación no conoció límites.

—Pero si es mi cumpleaños. No quiero que venga aquí por mi cumpleaños.

Guillermo sentía una profunda aversión hacia el señor Dewar. El señor Dewar tenía un estilo informal y gracioso que a Guillermo le disgustó desde la vez que lo conoció.

Cuando se despertó el día de su cumpleaños a Guillermo aún no se le había pasado el resentimiento.

Bajó lentamente a recibir los regalos.

El regalo de su madre era una docena de pañuelos nuevos con sus iniciales en cada uno de ellos y el de su padre, un nuevo plumier de piel. Guillermo les dio las gracias con una cínica frialdad de la que se sintió bastante orgulloso.

—Bueno, Guillermo —dijo su madre con inquietud—, esta tarde serás tan amable de ir a la clase de baile, ¿verdad?

—Iré igual que suelo ir a todo. No tengo más que una forma de ir a todas partes. No sé si es amable o no.

Esta réplica tan aguda le animó considerablemente. Aunque se contuvo: no tenía a Jumble; tenía clase de baile; aquel hombre vendría a tomar el té. Volvió a dominarle la

tristeza. La señora Brown seguía mirándole con inquietud. Tenía la incómoda sospecha de que él se proponía escaquearse de la clase de baile. Al verle con la gorra y la chaqueta después del almuerzo volvió a decirle:

14 —Guillermo, ¿vas a la clase de baile, verdad?

Guillermo pasó por su lado con una carcajada breve que era salvaje y desconsiderada y atrevida y ácida y sardónica. Era, en resumen, una carcajada muy buena y él se sintió orgulloso de ella.

Después salió muy ufano por el paseo y torció ostentosamente en la dirección opuesta a la de la clase de baile. Siguió caminando lentamente durante un rato para luego volver sobre sus pasos furtivamente a toda velocidad.

Para hacerlo así tenía que pasar por delante de la puerta de su casa, pero él prefirió

ir por el seto para que su madre, que podría estar aún vigilando la calle con inquietud para tranquilizarse al verle volver, se viera privada de esa satisfacción.

De todas maneras, no pudo resistir asomarse cautelosamente por encima del seto al llegar a la puerta, para ver si ella seguía vigilándole. A ella no la vio, pero hubo otra cosa que hizo ponerse a Guillermo de puntillas, con los ojos y la boca abiertos como platos de la impresión.

15

Atados a un árbol cercano a la puerta de entrada había dos collies jóvenes, prácticamente unos cachorros. Dos perros. Él había pedido a su familia dos perros y aquí estaban. Dos perros. No podía dar crédito a sus ojos.

Su corazón se llenó de gratitud y cariño por su familia. ¡Qué mal los había juzgado! Él pensando que les importaba un rábano su cumpleaños y ellos que le habían traído

los dos perros que les había pedido como una sorpresa, sin decirle nada. Y los habían puesto allí para que él los encontrase.

16 Con el corazón lleno aún de amor y gratitud, echó a andar hacia ellos. El reloj de la iglesia dio la hora. Tenía el tiempo justo para llegar a la clase de baile, aunque fuera corriendo todo el camino.



Su madre le había pedido que llegara a tiempo a la clase de baile, pero ver a los dos perros le había conmovido tanto que decidió corresponder con algo que le agradara a su madre.

Primero iría a todo correr a la clase de baile y esperaría al regreso para darles las gracias por los perros.

17

Se agachó, soltó las dos correas del árbol y echó a correr otra vez por el camino. Los dos perros iban saltando alegremente a su lado.

El collie más pequeño se dedicó a curiosear por entre el seto y el mayor se empeñó en atravesarlo hasta que se encontró, con gran sorpresa por su parte, en un prado de ovejas.

Él no sabía que eran ovejas. Era su primer día en el campo. Acababa de salir de una tienda de Londres esa misma mañana. Pero

empezó a despertarse en él un instinto confuso.

18 Guillermo, entre encantado y consternado, le vio reunir a las ovejas en el prado y hacerlas pasar en tropel por el seto a la carretera; luego, entre carreras, mordiscos y ladridos llevó a todo el rebaño a empujones por la carretera hacia la casa de Guillermo.

Guillermo se quedó mirando. El placer que sentía no estaba libre de cierto recelo.

El collie se había metido en un tercer prado en busca de refuerzos, mientras el grueso de la tropa le esperaba mansamente en la carretera. Sin pensárselo dos veces, Guillermo decidió desmarcarse por completo de todo aquello. Mejor perder un perro que exponerse a perder los dos...

Llegó corriendo a la clase de baile. Cerca de la puerta de entrada ató al collie a un árbol con la correa y entró en una habitación

donde muchos niños pequeños (la mayoría de los cuales no le gustaban nada a Guillermo) estaban cepillándose el pelo y cambiándose de zapatos.

Después resonó una campanilla y se dirigieron todos a la sala grande donde se daba la clase de baile. Por la puerta de enfrente fue saliendo un grupo de niñas pequeñas, con medias blancas y zapatos de baile.

19

A continuación entró un ejército de acompañantes, madres y niñeras, que habían estado quitándoles los calcetines y los zapatos y la ropa de calle.

Guillermo saludó a estos seres de cuento de hadas con su mueca más horrible. La que más le disgustaba (una belleza arrogante con pelo rojizo rizado) es la que le tocó de pareja.

—¿Por qué a mí con Guillermo? —se quejó ella—. Es horrible.

—No —dijo Guillermo—, no soy más horrible que ella.

—Quédate un rato con él, cariño —dijo la señora Beauchamp, que era alta y majestuosa y casi increíblemente sinuosa—, y luego te cambiaré con otro.

20 La clase de baile siguió su curso normal. Guillermo echó una mirada al reloj de la pared y suspiró. No habían pasado más que cinco minutos. Quedaba una hora entera; y encima en su cumpleaños. Su cumpleaños. Ni siquiera pensar en sus dos perros nuevos borraba del todo esa injusticia.

—Por favor, ¿puedo dejar ya a Guillermo? No da bien ni un solo paso.

Guillermo se defendió con energía.

—Los doy bien. Es ella la que los da mal.

La señora Beauchamp los separó y dio otra pareja a Guillermo (una niña pequeña con el pelo alborotado y una sonrisa pícaro).

Era una pareja más del gusto de Guillermo, así que el baile se transformó en una competición para ver quién daba más pisotones al otro.

Naturalmente, era un pasatiempo indigno de un famoso Jefe Indio, pero al menos era mejor que bailar. Él le hizo a ella una confidencia.

21

—Hoy es mi cumpleaños y me han regalado dos perros.

—¡Ooh! ¡Qué suerte!

—Y ya tengo uno, así que en total tres. Tengo tres perros.

—¡Ooh, no me digas! ¿Los tienes aquí?

—Solo he traído uno. Está en el jardín, atado a un árbol cerca de la puerta.

—¡Ooh! ¡Voy a mirar cuando pasemos por la ventana!

Se acercaron a la ventana y la niña miró afuera con interés y de pronto se quedó pa-

ralizada por el horror con los ojos y la boca abiertos como platos. Aunque recobró la voz al instante.

—¡Mirad! —dijo—. ¡Oh, mirad!

Fueron todos a la ventana.

22 El collie se había soltado de la correa y se había metido en el vestuario de las niñas.

Allí había recogido los calcetines, zapatos y enaguas de color azul marino que estaban tirados por el suelo, los había sacado al césped y allí estaba empeñado en romperlos tan contento.

Los restos estaban a su alrededor. Él estaba lanzando al aire una pierna de un par de pololos de color azul marino. En el aire flotaban briznas de lana y pelusas. Montones de calcetines y algún sombrero destrozado que otro se veían por el césped en un lío fenomenal.

Se lo estaba pasando como nunca.



Superado el estupor inicial, toda la clase de baile (niñas, niños, niñeras, madres y la profesora de baile) salió atropelladamente al césped.

El collie los vio venir y se puso a dar saltos juguetonamente, con un par de pololos en un lado de la boca y un calcetín en el otro.

Se le acercaron en plan amenazante. Él meneaba la cola encantado. ¡Cuánta gente venía a jugar con él!

De inmediato entró en la dinámica del juego y saltó por entre los arbustos, seguido por aquella gente tan divertida. ¡Un juego genial! Lo más entretenido que había hecho en mucho tiempo...

24 Entretanto Guillermo se dirigía discretamente a casa. Le echarían la culpa a él, desde luego, pero había aprendido por experiencia que lo mejor era alejarse todo lo posible del lugar del crimen...

Al doblar la curva de la carretera desde donde se veía su casa se detuvo como si se hubiera convertido en piedra. Se había olvidado del otro perro.

El jardín era un mar de ovejas. Cubrían el camino, el césped y los arriates de flores. Incluso las escaleras de la puerta de entrada. El resto ocupaba la carretera.

Por detrás de ellas correteaba de un lado para otro el otro collie, apretándolas aún

más unas contra otras, persiguiendo a las descarriadas y devolviéndolas al redil.

Una vez reunidas las ovejas, su instinto le dijo que se las llevara a su amo. Su amo era, naturalmente, el hombre que lo había traído de la tienda, no el chico que lo había llevado a dar un paseo. El amo estaba en la casa. Él había llevado las ovejas a su amo...

25

Su amo estaba en efecto en la sala de estar con Ethel. La señora Brown había salido y no volvería hasta la hora del té.

El señor Dewar aún no había hablado a Ethel de los dos collies que le había traído. Ella había dicho la semana pasada que «adoraba» a los collies y él había decidido traerle una pareja. Se proponía hablar del asunto como sin darle importancia, en el momento justo.

Por eso, cuando ella le dijo que él era el hombre que mejor la comprendía (decía lo

mismo a todos sus admiradores), él le dijo como si nada:

—¡Oh! Por cierto, me había olvidado de decirte que esta tarde te he traído un pequeño regalo, o mejor dicho, regalos. Están fuera.

26 A Ethel se le iluminó el rostro de placer e interés.

—Oh, qué cariñoso de tu parte —dijo ella.

—Échales un vistazo a ver si te gustan.

Ella se dirigió a la ventana. Él permaneció en la butaca, contemplando su cuello de Botticelli, repantingado a sus anchas, en plan amable y condescendiente. Ella se asomó. Ovejas, centenares, miles de ovejas invadían el camino, el césped, las escaleras y la carretera.

—Bien —dijo el señor Dewar—, ¿te gustan?

Ella se llevó una mano a la cabeza.

—¿Para qué son? —dijo con un hilo de voz.

—Mascotas —dijo el señor Dewar.

—¡Mascotas! —gritó ella—. No tengo dónde guardarlas. Ni tampoco con qué alimentarlas.

27

—Oh, les basta con unas cuantas galletas para perros.

